

San Miguel de Excelsis.
("La Nación", Buenos Aires (R. A.), 7 octubre 1909)

SAN MIGUEL DE EXCELSIS

(Para LA NACION)

BILBAO, septiembre de 1908.

El mismo día que bajamos de la cumbre de Aitzgorri emprendimos, ya anochecido, la subida a San Miguel de Excelsis, en el Aralar. Acabábamos de visitar el santuario de Guipúzcoa, Nuestra Señora de Aránzazu, íbamos a visitar ahora el de Navarra. Abusando un poco del ingenio, ó más bien de la ingeniosidad, podría hacerse un cotejo entre Vizcaya, Guipúzcoa y Navarra —que, con Alava, forman el país vasco español— sin más que cotejar sus tres respectivos más venerados santuarios: Nuestra Señora de Begoña, Nuestra Señora de Aránzazu y San Miguel de Excelsis. Begoña en una blanda y riente loma, donde recoge todo el sol que se filtra por las nubes y las neviznas ó irradia en los claros, al pie de una cordillera pelada y suave, dando vista a Bilbao y á su ría, contemplando á lo lejos los humos de las fábricas y oliendo aire de mar; Aránzazu en un hosco repliegue, húmedo y escarpado, entre verdura, en un rincón monástico y eremítico, sin fisonomía ni perfil, y San Miguel de Excelsis, en fin, un arcángel belicoso y no una virgen madre, en lo alto de un peñasco, á todos vientos y todos soles, sobre el abietto valle de la Barranca. Y los tres santuarios, centros de operaciones guerreras en nuestras contiendas civiles.

Cuando se estaba poniendo el sol, á las siete de la tarde, tratábamos en Huarte

Arquí de subir á San Miguel. Todo era pomernos dificultades. Llegaríamos tarde, á noche cerrada ya, y á esas horas no se abría á nadie; los perros cerberos del santuario andarían ya sueltos; á tales que llegaron una vez á esas horas los dejaron fuera, en un cobertizo, echándoles vino y pan por una ventana. El régimen era ce-verisimo; así lo había mantenido don Miguel, el celoso guardador de las tradiciones del santuario. Todo esto nos lo decía con voz melosa y en tono compungido una especie de mandadero, hombre ambiguo, entre laico y eclesiástico. ¿Por qué no habíamos de esperar? Subiríamos á la mañana siguiente, muy de mañana, para llegar á la misa y á la adoración. Le hicimos consultase por teléfono al santuario y después de un rato—necesitaron arriba celebrar consejo—se le respondió que podíamos subir siempre que fuese con él, con aquella especie de mandadero.

Emprendimos la subida ya tarde, con el mandadero por guía. Y éste iba aleccionándonos, ponderando lo extraordinario de la concesión, citando á menudo, y con reverencia siempre, á don Miguel. A don Miguel, y á los dos perros, á los dos terribles perros que guardaban por la noche el santuario. Toda precaución era poca. Y nos hablaba una y otra vez del robo; de cuando robaron la santa imagen. Después resultó que el tal robo había ocurrido á fi-



UNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO.SAL.ES

nes del siglo XVII. Y nos hablaba de ello como de cosa de ayer. Por estas felices gentes no pasa el tiempo.

La subida es penosa: el camino, en continuos rezaros, pedregoso y áspero. Parece ser que la dinastación de Navarra ha querido hacer carretera, pero don Miguel, el gran don Miguel, se opuso. Cuanto más áspero y escabroso el camino más mérito el de la romería y peregrinación. Aquello es un santuario, no un lugar de recreo y moda, y había que conservarlo immaculado. El que allá sube debe ser por penitencia u ofrenda. No se sirve café allá arriba, nos explicaba el mandadero, don Miguel se opuso siempre á esa mundanidad: chocolate conventual y aguardiente helicoso. El que quiere café lo lleva y se lo toma en su cuarto.

Tampoco se está arriba más de nueve días, los precisos para hacer una novena. ¡Cuán lejos estábamos de Lourdes!

El mandadero, con su voz melosa y su commungido acento, seguía ponderándonos la férrea disciplina del santuario mientras subíamos á la luz de la luna, que á trechos se nos filtraba por entre el follaje de las hayas. Para inspirarle confianza empecé á hablarle en vasconce y al punto cobró ánimo y me preguntó por nuestra crado, es decir, por nuestras profesiones. A ratos oíamos al buho romper el silencio nocturno de la montaña.

Desde abajo, en el limpio ambiente de la tarde nos había parecido estar el santuario á la mano, pero tardamos en subir dos horas y media. Cerca ya de él, cuando su sombra emergía de las sombras de la noche, oímos ladrar á los perros de San Miguel y de don Miguel. Cuando llamó á la puerta el mandadero arrojaron los ladridos. Luego voces de mujeres que suietaban á los perros. Ubran las diaconisas del can-canberos. Por fin nos abrieron y por saludo tuario, criadas, como los perros, á los pechos de don Miguel, que domeñaban á los una mujer recia, de anchas espaldas, nos reprendió en vasconce diciéndonos: ¡qué compromiso! ¡qué compromiso! ¡vaya unas horas de venir! Pero entramos.

Una hospedería de aspecto conventual, pero comfortable, sencilla, limpia. Los devotos y devotas estaban acabando de cenar, presididos por el cura, substituto del ministro ausente. El ministro, que es quien rige aquello, es un sacerdote alegido y nombrado por el muy ilustre señor chantre de la catedral de Pamplona, patrono de santuario. A él rinde cuentas la criada mayor, á cuyo cargo corre la parte material del hospedaje.

Excelentes camas, mullidas y limpias, proporcionaron descanso á nuestros cuerpos rendidos de la ascensión á Aitzgorri y al Aralar.

El que de vosotros, lectores, haya leído la famosa novela de Navarro Villoslada «Amaya ó los vascos en el siglo VIII» recordará la leyenda—ó historia—de don Teodosio de Gofil.

Fué don Teodosio de Gofil, según viejas tradiciones cuenta, señor del valle de Gofil, en Navarra, allá á principios del siglo VIII. Varón de pro en la guerra y en los consejos de aquel tiempo en que Navarra se disponía á surgir como reino independiente. En 707, abandonó por la guerra su hogar, dejando en éste, es de supo-



VNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDOS USALES



ner que desconsolada, á su mujer doña Constanza de Euzkoa y de Viandara. Volviendo don Teodosio á su casa, de una de sus expediciones, dirigióse por el camino de Val de Ollo al de Gofil, y en este camino de Errotabide—que vale tanto en vasconcelo como camino del molino—presentósele un ermitaño, que con misterioso acento le denunció que su esposa doña Constanza faltaba á la ley conyugal, y con un criado de la casa. Figuráos la tempestad que tal noticia levantaría en el ánimo de un caballero navarro del siglo VIII. ¡El siglo VIII y navarro! El ermitaño, acaso os lo habréis figurado ya, no era otro que el mismísimo demonio, que lo mismo en el siglo VIII que en el XX acostumbra disfrazarse de ermitaño. Corrió don Teodosio á su casa, penetró en ella á oscuras, llegó hasta el lecho nupcial, lo palpó, tocó dos cuerpos humanos, de hombre el uno y el otro de mujer, empuñó la espada, la descargó sobre ellos y les hizo el sueño eterno y sangriento. Después de esta bárbara justicia salióse y próximo á la iglesia, se encuentra con doña Constanza, con su mujer, que cree endequecer de alegría al verle y le tiende los brazos. Este encuentro desata la cándida retórica del P. Burgui, narrador del suceso. Inquiérese don Teodosio de su mujer con ansia y entérase de que ella había recogido en su casa á los ancianos padres del marido y los había hecho acostarse en el lecho conyugal de su propio hijo. ¿No es esto una tragedia griega?

El desdichado parricida acudió, por consejo del abad de Gofil, al obispo de Pamplona, San Marciano ó San Marcial—el obispo de Pamplona era entonces santo aunque no sabemos si el clero le dejaba ó no vivir en paz, como no le deja al de ahora, que no es de la tierra—y el santo prelado le aconsejó fuese á postrarse á los pies del papa Juan VII, que á la sazón gobernaba á la Iglesia. El papa le absolvió imponiéndole el que se cifese una pesada cadena de hierro y sin entrar en poblado hiciera penitencia por yerros y soledades hasta que se rompiesen de por sí mismo los eslabones de la cadena, señal del perdón de Dios, y edificara luego un templo á San Miguel allí donde la liberación fuese. Volvió don Teodosio á su nativa tierra é internándose en las fragosidades de la sierra de Aralar empezó su penitencia en una cueva. «En el fragor de la tormenta, entre los fosforescentes rasgos del rayo que predica el inmenso poderío del creador, el espíritu guerrero del devoto penitente imaginaria á su arcángel, armado de fulmínea espada, pregonando el sublime «¿Quién como Dios?» que confunde al réprobo.» Así nos cuenta el folleto que «Un Navarro» ha dedicado á historiar el santuario. Un día sintió el penitente caballero violentos rugidos que salían del fondo de la caverna, su albergue, y muy luego se le presentó un furioso dragón, de esos que echan fuego por los ojos. Aterrado don Teodosio, y la cosa no era para menos, se abrazó á la cruz invocando á San Miguel, abogado contra dragones. Y aquí hay que oír al autor del plaidoso folleto: «Entre luces de purísimo brillo y nubes de vaporosa refulgencia, precedido de cohorte lucidísima, se apareció el egregio príncipe de las milicias celestiales, que en un punto, con la sola fuerza de su adorable presencia ahuyentó al horrible dragón, salvando al des-





valido anacoreta y desapareciendo de su vista, atónita de tanta magnificencia y bondad. La cadena de don Teodosio desprendiéndose rota á sus pies, y él se vió libre y perdonado. Y esto ocurrió, dicen, á los siete años del parricidio, en el de 714, siendo papa el venerable Constantino I, y el año mismo en que con el rey don Rodrigo, el que folgaba con la hermosa Cava del Tajo en la ribera, se hundió en el Guadalete, ó en el lago de la Jasuda, el imperio visigótico. Hacia aquel tiempo se fundó por don García Jiménez, señor de Abárzuza, y de las Amezcuas, la monarquía navarra. Y en el lugar de la aparición milagrosa de San Miguel erigió más tarde don Teodosio una ermita, dentro de la cual quedó la caverna del dragón. Tal es el legendario origen de San Miguel de Excelsis.

No habíamos aún reposado nuestros cuerpos cuando por la mañana oímos á las puertas de nuestros cuartos la voz de la criada ó diaconisa mayor que nos decía: ¡va á salir la misa! y bajamos á ella; ¿qué remedio?

La primitiva ermita se encuentra hoy en el interior de un templo mayor, que sobre ella se ha construido. En la ermita se dijo la misa y al terminarla dió el sacerdote á los fieles á adorar una imagen del arcángel. A la derecha del altar se ve, encuadrada en un marco, la abertura por donde salió el dragón. Los fieles introducen por ella la cabeza y rezan un credo, saludable antidoto contra dragones infernales.

Al lado derecho de la ermita está colgada la cadena que dicen llevó sus siete años don Teodosio. Del dragón no queda reli-

quia. Como no sean sus dientes los pedruzcos que calzan la subida del santuario.

Después de misa y desayuno recorrimos la iglesia. Las diaconisas ballaban en ella el baile del brochado. Es un baile que se conoce mucho en los hogares de la clase media vascongada. Y es que se encera el suelo de ciertos aposentos, tal como la sala, y las criadas al encerrarlo lo frotan y rofrotan con una brocha, manejándola con un pie desnudo. Así encerraban el suelo del santuario las diaconisas de San Miguel, hijas espirituales de don Miguel, las mismas que cocinan luego para los huéspedes. Es en este caso el baile del brochado un oficio religioso en culto al arcángel San Miguel, príncipe de los ángeles, caudillo y capitán de los ejércitos celestiales, receptor de las almas, vencedor de los malignos espíritus, ciudadano del Señor, gobernador admirable, después de Jesucristo, de la iglesia de Dios, guarda mayor de todos los reinos cristianos, principal instrumento de todas las maravillas que se hacen en el mundo, preposición del Paraíso, trono de la grandeza de Dios, ministro supremo de su justicia, príncipe de los sabios del cielo, primer coronel de la escuadra celestial, cabo principal de la escuadra de María, abogado y protector de la iglesia militante, privado del Todopoderoso... Todos estos títulos se le reconocen en la novena que se le reza en las alturas del Aralar, novena á que el Ilmo. Sr. D. Juan Lorenzo de Irigoyen y Dutaris, obispo que fué de Pamplona, concedió 40 días de indulgencia por cada día que se la rezara, que en nueve días son 360, casi un año.



VNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO:USAL ES



En la iglesia se guarda un magnífico frontal de esmalte, que alguien nos dijo era nada menos que parte del sepulcro de Constantino el Grande, pero como no estaba el ministro no pudimos verlo. Por cierto que nos contaron llegó una vez un gran duque ruso, ó algo así, á verlo y al observar su arrogancia y los fines de inaudada curiosidad arqueológica y no de piedad, el inflexible don Miguel, el que no permitió hacer carretera ni que se sirviese café, se negó á enseñar la joya al hereje. Trajo éste permiso del rey, y don Miguel, el racio navarro, le contestó que allí el rey no mandaba: acudió al obispo de Pamplona y obtuvo permiso para verlo, mas el tremendo ministro no la dejó sino literalmente verlo y á distancia. Pues qué, ¿se va á profanar el santuario por curiosidades de arqueólogos herejes?

Aquella misma mañana subieron de Huarte Araquil, entre la niebla, cuatro animosas señoritas. Eran unas muchachas de un despejo y una soltura admirables. Estas hijas de las pequeñas villas, y más si son navarras, tienen una soltura, una franqueza y animosidad de trato, una naturalidad en el portarse, de que carecen las hijas de las pequeñas ciudades, agarrotadas por convenciones ridículas. Una de ellas fué á la iglesia á dar tres vueltas á sus naves con una cruz á cuestas, según por promesa se hace. Otra preguntaba si podría hacerlo por delegación de una amiga á la que le dolían las muelas. Un poco más tarde llegaron otras señoritas de Pamplona. Y en el austero ambiente de la hospedería conventual era una ráfaga de juvenil frescura. Había que verlas y oírlas en la cocina, calentándose y secándose de la niebla, mientras discurrían por allí, gobernando el fogón, adustas y recelosas las diaconisas guardadoras de las tradiciones del gran don Miguel, el inolvidable ministro. «Desde la muerte del ministro están inconsolables», nos dijo una de las muchachas de Huarte Araquil.

La llegada de las alegres muchachas fué un mundo que irrumpía en otro, la alegría de la juventud corriéndose por entre las adusteces penitenciales. ¿Qué pensaría don Teodosio de esto? Fuera se descubría á ratos, por entre desgarrones de la niebla que ceñía á la sierra, los rientes campos de la Barranca, el valle de Araquil, el de la Borunda, en el fondo Aitzgorri; por otro lado se divisaba hasta Pamplona. Enfrente nuestro la imponente meseta de las sierras de Andía y Urbasa, teatro de batallas en la guerra civil de los siete años. Allí Zumalacárregui obligó á retirarse al general Valdés, con quien en un tiempo sirviera, sin más que dejarle acampar en lo alto, donde no hay agua, y esperarle en las quebradas de abajo. El zorro operaba en terreno conocido, y no hay nada que supla al conocimiento práctico de la tierra que se pisa.

En un campo que hay delante del santuario, entre éste y una ermita de la Santísima Trinidad, nos dijeron que había bailado la comitiva del rey don Alfonso XII, cuando éste subió á San Miguel. ¡La única vez que allí se habrá bailado! ¡Oh amantes de don Miguel! No nos dijeron si es





que no se hizo luego una función de desagravio. Allí, á donde no se sube por carretera, donde no se sirve café, allí no cabe otro ballo que el ballo litúrgico, davidico, del brocado que celebraban las diaconisas cubriéndose con un pafuelito blanco la cabeza para cumplir con lo que el apóstol San Pablo preceptúa en el capítulo XI de su primera epístola á los corintios.

También visitó San Miguel de Excelsis nuestro actual monarca y á un picacho donde se sentó le han puesto el nombre de la silla de Alfonso XIII. Lo que no nos dijeron es de la visita, que sin duda le haría, de Carlos VII.

La hora ritual de la comida es la del mediodía, á las doce, pero por gracia especial y adquiriendo, como piadosos recuerdos, sendos folletos de la historia compendiada del santuario y la novena, nos dieron de comer media hora antes. Bajamos á Huarte Araquil, á trechos por atajos, siguiendo los postes del teléfono. Porque si aun no han llegado allí ni la carretera ni el café ha llegado en cambio el teléfono, como sucede en Aránzazu. Hay que vivir prevenido. Un mal camino y un buen teléfono son dos grandes elementos de defensa. ¡Qué bien sabía don Miguel discernir entre los adelantos profanos del siglo! De seguro que don Teodosio, si resucitase, aprobaría lo del teléfono y se mostraría conforme con la proscripción de la carretera. En lo que cabe duda es en lo que diría del café.

En Huarte Araquil, donde se sorprendieron que nos hubiesen admitido de noche á la hospedería del santuario, tomamos el tren para Vitoria. Y en la calma sedante y discreta de esta apacible ciudad, la capital eclesiásticas de las provincias vascongadas, la Atenas del norte, descansamos una noche antes de volvernos á este bullanguero y ajetreado Bilbao. Volvimos por mi maternal valle de Arratia, de cuya verdura viene buena parte de la sangre que circula por mis venas. ¡Oh benditas correrías por estos valles y montañas donde se hicieron los huesos de nuestros padres y de los padres de nuestros padres! ¡Santa comunión con esta tierra que es la madre de la carne de nuestro espíritu!

MIGUEL DE UNAMUNO.

